

26.03.2024

Orígenes

Sobre la oración, XXX, 1-3



No nos dejes caer en la tentación

Me parece que Lucas con la frase: «no nos pongas en tentación» virtualmente nos ha enseñado también la otra: «líbranos del mal». Y ciertamente al discípulo, como a más aventajado, es probable que el Señor le hubiera hablado en compendio; mientras que al pueblo, que necesitaba una doctrina clara, lo hiciera en forma más explícita. El Señor nos libra del mal no cuando el enemigo deja de presentarnos batalla valiéndose de sus mil artes, sino cuando vencemos, arrostrando valientemente las circunstancias. Así leemos: «Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas lo libra el Señor». Porque Dios libra de las tribulaciones no cuando las hace desaparecer, ya que dice el apóstol: «en mil maneras somos atribulados», como si nunca nos hubiéramos de ver libres de ellas, sino cuando por la ayuda de Dios no nos abatimos al sufrir tribulación; pues estar en tribulación, según la fórmula hebrea, significa un estado que sobreviene independientemente de la voluntad, mientras que el abatimiento se dice de quien cede espontáneamente ante la tribulación, dejándose vencer por ella. Y por esto dice bien san Pablo: «en mil maneras somos atribulados, pero no nos abatimos».

De esta manera es como se ha de entender que uno es librado del mal. A Job lo liberó Dios no en que Satanás no recibiera autorización para presentarle estas o aquellas tentaciones—pues recibió efectivamente esta autorización—, sino porque en todas cuantas adversidades le sobrevinieron no pecó delante del Señor, antes se mostró justo. Pues quien había dicho: «¿Acaso teme Job a Dios en balde? ¿No has rodeado de un vallado protector a él, a su casa y a todo cuanto tiene? Has bendecido el trabajo de sus manos y ha crecido así su hacienda sobre la tierra. Pero anda, extiende tu mano y tócale en lo suyo, a ver si no te vuelve las espaldas», se llenó de vergüenza, por haber dicho tantas



falsedades contra Job; pues éste, a pesar de haber soportado tantos y tan grandes sufrimientos, no volvió la espalda a Dios, como decía su adversario, sino que perseveró bendiciendo a Dios, cuando estaba abandonado a la suerte del tentador. Y a su mujer que le decía: «¡Maldice al Señor y muérete!», llegó a increparla, reprendiéndola con estas palabras: «¡Has hablado como una mujer necia! ¿No recibimos de Dios los bienes? ¿Por qué no vamos a recibir también los males». Por segunda vez dijo el diablo sobre Job al Señor: «¡Piel por piel! Cuanto el hombre tiene lo dará gustoso por su vida. Anda, pues, extiende tu mano y tócale en su hueso y en su carne, a ver si no te vuelve la espalda». Pero, vencido por este atleta de la virtud, se puso al descubierto su mentira. Porque, herido de la manera más atroz, persistió en no ofender a Dios en nada con sus labios. Una vez sufridos los dos combates y saliendo en ambos victorioso, Job no tuvo que soportar un tercer combate de esta clase, pues convenía que esta triple lucha quedara reservada a Cristo y que nos la describieran los tres primeros evangelistas: en los tres combates venció al enemigo el Salvador en cuanto hombre. Y después de haber examinado todo esto con diligencia y haberlo rumiado en nuestro interior para hacer consciente nuestra petición, haciéndonos dignos de que por haber escuchado a Dios él nos escuche debemos pedir que, si somos tentados, no perezamos ni seamos abrasados por los «encendidos dardos que nos lanza el maligno». Estos dardos prenden fuego en todos aquellos, cuyos «corazones—en expresión de un profeta—prestos estaban como un horno»; en cambio no se inflaman los que, «con el escudo de la fe, hacen inútiles los encendidos dardos del maligno», teniendo en sí mismo «ríos de agua, que saltan hasta la vida eterna», que impiden el incremento del fuego del maligno, extinguiéndolo fácilmente con un diluvio de pensamientos divinos y saludables, que en el ánimo de quien procura ser espiritual se originan, al contemplar la verdad.